

melancolía del tramonto. Los periodistas enredábanse en paliques interminables. Y era bien entrada la noche cuando el amigo Eslava tomó el tren, saludándoles, por último, con el pañuelo. Cuando tornaban á casa por las solitarias aceras, una sensación de bienestar y de paz invadía sus almas. En el cielo asomaba su faz la luna, y la brisa tibia de primavera movía mansamente los ramajes que saltaban por encima del interminable muro conventual...

IV

—Señora, señora, ¿á qué encargar rosas, si aquí hay bastantes?...

—Es que no sé...

—Pero si no vale la pena.

—Mire usted: sería preferible...

—¡No faltaba más! Piense que en el mercado no las encontraría Moni. Vamos, le ruego que las corte. Papá se pondría muy contento al saberlo.

Y Lupe insistía, con las manos puestas en las núbiles caderas, el moreno rostro vuelto hacia arriba, los ojos negros clavados en Nita, que momentos antes enviara á la criada en busca de flores y reiterase sus órdenes desde el corredor al atravesar Moni el jardín. La miraba, repitiendo sus ofrecimientos, sin comprender cómo la timidez de ella negábase á aceptarlos. Se le había ocurrido adornar con rosas el estudio de Mauricio—uno de tantos caprichos—, mas no lograba resolverse, sin embargo, á aceptar los ruegos de la señorita de abajo, temerosa y entristecida al pensar en el despojo de los rosales que vestían el muro negruzco.

En dimes y diretes estaban, cuando una voz infantil se dejó escuchar:

—Reciba usted las rosas que mi hermana le da, señora. Son muy lindas, puede creerlo. Papá se alegrará mucho y nosotras también...

—¡Ah! ¿Está usted ahí, señorita Nela?

—Sí, toma el sol... en la sombra, como de costumbre —añadió Lupe sonriendo—. ¡Vaya! Baje usted y las cortaremos entre ambas. Que Moni se marche á su quehacer.

—Ya que son tan amables, bajaré....

Descendió, bien oliente, bien vestida, dejando adivinar, á través de la tela suave, los redondos y blancos brazos, fresca la faz por las recientes abluciones, ruborizada y nerviosa, contenta de trabar amistad con aquella familia, á la cual pusiera, tiempo ha, en la lista de las simpáticas. Saludó cariñosamente á Lupe, que la examinaba con curiosidad no exenta de ternura, y en seguida encaminóse al lugar donde Nela se hallaba.

—Buenos días...

Encontróla sentada en un viejo sillón. Era niveo su rostro, con blancura de pétalo; guedejas rubias, desaliñadas, nimbaban la frente pensativa; sus labios sonreían. Sólo sus ojos, que quizás fueran azules, estaban inmóviles, muertos, en aquel semblante revelador de júbilo y de vida. Amplia bata de encajes recogíase en menudos pliegues en torno al cuerpo de la virgen, y sus manos finas, de rosadas uñas, apretaban con efusión las de Nita.

—¡Cuánto gusto de que usted haya venido!—decía mirándola sin verla—. Creíamos que no tendría deseos de ser amiga nuestra. Ya se ve: Lupe es muy corta de genio, Jacobina anda en sus asuntos, y yo...

Hubo de completar su pensamiento con una mueca expresiva, reclinándose en el respaldo.

—Pues sí he de serles franca, estaba muriéndome de ganas de conocerlas. ¡Son ustedes tan buenas, y su papá una persona tan respetable! Cuando paso frente á la botica, me saluda, así, con la mano, como si nos conociéramos de años. ¡Una excelente persona!

Lupe escuchábala atenta, hechizada de su modo de expresarse, de subrayar el discurso con vivos gestos; seducida por su traje, que la parecía gracioso y lujosísimo, á pesar de ser de humilde gasa.

—Y ustedes son iguales á él. Para tal padre tales hijas, ó de tal palo tal astilla, como dice el refrán...

Nela sonreía cada vez más, y su semblante iba iluminándose por un fulgor interno de emoción.

—Gracias, señora. Es cierto: papá es buenísimo. ¡Si viera!... ¡Ah! Y no sabe usted que se le tiene por un gran farmacéutico. ¿No ha tomado usted las píldoras

Méndez, para el estómago? ¿Y las obleas Méndez, para el dolor de cabeza? ¿Y el jabón Méndez, para embellecer el cutis? ¿Y la...?

—Pero, Nela, ¿cómo supones que la señora sepa de esas cosas?

Hizo ella una mueca de asombro.

—¡Pero si todo el mundo las conoce!

—Aquí, en San Angel. En México no...

—Pues lo que te digo es que si no las conocen es porque al pobre papá le tienen envidia. Ahí están los diplomas de la Exposición, para comprobar su sabiduría. Enséñaselos á la señora. Le gustarán mucho. A mí me encantan porque al tacto he leído en ellos unas palabras muy hermosas, que, según Juanito, quieren decir: «Honrar al mérito.»

Susana rió conmovida de la simplicidad de Nela. ¡Sí, los vería; vaya si los vería! El señor don Alejo era una celebridad en farmacia: ahora recordaba haber comprado alguna vez el jabón Méndez.

Era bien entrado Junio, y el ambiente lucía azul transparencia. La brisa, arrullando los arbustos, embalsamaba el corredor. Nela pecaba de curiosa, y desde luego sometió á la musa á severo interrogatorio.

—Es usted casada, ¿verdad?

Nita vaciló.

—Sí; desde hace tres meses...

—Su esposo se me figura muy inteligente. ¿Le quiere usted mucho?

—Muchísimo.

—Hace usted muy bien, señora.

—Prefiero que me llame Susana. Es mi nombre.

—Bien, Susana... Ha de ser usted muy feliz. Yo les aconsejo á las muchachas—murmuró señalando á su hermana—que cuando se casen, adoren á sus maridos.

—Pues siga el propio consejo Nela. También es usted muchacha.

La ciega sonrió con resignada amargura:

—Yo... tener novios... No. Yo me quedaré siempre con papá. Siempre, siempre...

Todavía continuó el palique durante media hora

larga, hasta que Nita, acordándose de que Mauricio pronto llegaría, insinuó el ansia de cortar las rosas.

—Vamos—dijo Nela levantándose—. Lupe y yo le ayudaremos. No crea usted: á pesar de que me falta la vista sé cortar flores. Esta casa la conozco como á mis manos.

Iban y venían por entre la hierba. Los tintes claros de sus faldas brillaban al sol. Las manos blancas encontrábanse á veces entre las matas, esquivando diestramente las espinas. Nela hacía un ramillete con las rosas que hábilmente, con precaución é instinto admirables, cogíese; Lupe, diligentísima, había despojado varios matas, y se detuvo en su tarea al resonar las exclamaciones de Nita, congojosa no bien miró su delantal rebosante de pétalos.

—¡Válgame Dios! ¿Qué dirá el señor don Alejo?

Tornaron al corredor.

Al despedirse, llena de agradecimiento, Nita tuvo un elogio para la morena.

—Toca usted muy bien el piano—dijo—. Cuando la oigo, me acuerdo mucho de mi padre, que era músico también.

—Gracias—respondió Lupe con las mejillas carmíneas—. Sólo que cuando quiera usted escucharme, venga aquí. Tocaré todo lo que he aprendido.

—¡El *Claro de luna!*—exclamó Nela—. ¡Tocarás el *Claro de luna!*

—Buena; sí, sí, el *Claro de luna*, y Chopín y Grieg... ¡Ay! Verá usted qué hartazgo voy á darme.—Luego, observando que los ojos negros seguían puestos en su traje con insistencia, Nita agregó:—¿Le gusta á usted? Se lo mandaré para que corte otro igual.

Desgranáronse argentinos los repiqueteos de las doce en la tibia atmósfera de estío. La vecinita cogió sus rosas, besó á Lupe, besó á Nela.

—Adiós, adiós... Mis recuerdos para su señor papá y para Jacobina. Me prometo venir á menudo.

—Mañana por la noche. Hay tertulia—gritó la ciega, percibiendo un fru-fru de ropas que se alejaba.

* * *

Fastidiábase Nita sin su poeta. En tanto permanecía con él, no había menester de ingeniárselas para divertirse. Villaescusa la amaba más y más profundamente. Hasta en los instantes en que su carácter irritable estaba por cualquier pequeñez, regalábala con zalamerías palabras que pedían perdón, con suaves caricias, que en breve trocaban el gesto compungido de la chica en sonrisa compasiva. Durante el día no le escatimaba ella mimos, pues, como afirmaba con sobra de razón, todo el caudal de afectos que guardase en sus años de solitaria orfandad, derrochábalo ahora sobre el artista, el cual no tenía empacho en resignarse á dulzura tanta. Mauricio marchábase por la mañana, á las nueve, á la redacción, y volvía á la una. Era de verle entonces contento, encontrándolo todo en su sitio: las cuartillas donde antes las dejase; la ventana del estudio abierta de par en par, dando paso á los chorros de claridad deslumbrante del mediodía; el corredor y la alcoba limpiísimos; la mesa puesta; Moni canturreando en la cocina á la par que los cacharros del puchero, y su mujercita con los cabellos de azabache cayéndola sobre las sienes en dos bandas onduladas, los labios rojos como fresas, incitándole al beso, y las manos inquietas enlazándose á su cuello ó retorciéndole los rubios bigotes.

—¡Bonitísima! Eres mi perdición, mi amor, mi musa, la musa bohemia que soñé—murmuraba sentándola sobre sus piernas y dejando errar sus dedos por las divinas morbideces del talle.

—Anda, tonto, alábame... Si yo quisiera gustarte siempre, ser siempre joven y siempre bella, para que fueras mío, mío, mío...

El novelista le daba gracias por las flores de continuo renovadas sobre su mesa. Ella corría, arrancaba algunas, las más hermosas, y poníaselas en el ojal, con gesto de novia de quince años. Después se encaminaban á la mesa, y las ternezas proseguían, hábilmente interrumpidas por los manjares. Nita era sobria y entreteniase viéndole comer con un hambre famélica, incomprendible en su cuerpo delgado de mozo educado en la severidad de un colegio jesuítico. Mauricio contaba

entonces, entre bocado y bocado, las impresiones del día, el tema del artículo que escribiese, lo que de nuevo ofrecían los teatros, las rudezas de don Luis Zayas, el director de *El Siglo*, que gustaba de tratar á los redactores como á mozos de cordel, reservando al hijo de su viejo amigo el doctor Villaescusa algunas consideraciones, no tantas que franquearan á Mauricio las puertas del hogar del rico periodista, las cuales hallábanse cerradas á piedra y cal para los infelices obreros de aquel órgano potentísimo de la prensa. Nada le importaba, en verdad, semejante desdén. Vislumbraba el lujo de la aristocrática mansión, las locuras costosas de la señorita María Luisa, la hija única, y las mojigaterías de doña Luciana, encogiéndose de hombros. ¡Valiente cosa suponíanle aquellas gentes! Con que su Nita le quisiera y don Luis le conservase en el empleo y no se metiera en sus asuntos, tenía bastante. Por lo demás, no se mostraba él muy engreído con su situación actual. A medida que el sentimiento artístico, despertado por el amor y los años, iba desarrollándose en su cerebro y afinando sus nervios, miraba con desprecio la tarea del obrero intelectual, del mísero que escribe á tanto la línea, y obligado vese á disertar sobre cosas ignoradas ó que le repugnan, á gusto del jefe de redacción.

¡Cuánto mejor sería consagrarse á sus libros, soñar, perderse en el ideal, ahí, junto á su musa, en la apacible soledad del campo! Tenía mil proyectos, innúmeras ideas, siluetas de personajes que pasaban en caravanas por su imaginación empequeñecida en la diaria faena, un ansia de crear la obra fuerte y sólida que habría de darle gloria y dinero. Mas el público faltaba, desconocíanse los editores audaces y era preciso vivir y someterse al yugo.

En sus horas de lamentación, Nita prodigábale los más dulces consuelos, alentándole á la lucha, descubriendo el velo de un porvenir de belleza y de amor, de un sendero de rosas por el cual irían los dos hacia la Quimera. Y Villaescusa marchábase á la redacción por las tardes, de cuatro á siete, acariciando en el alma una esperanza, sintiéndose grande hombre al recordar las

frases de su amante, monologando por las calles, ensoñando con ringleras de libros que tendrían su nombre en las cubiertas y venderíanse por carretadas, y con el rumor de aplausos, de clamorosos triunfos en los teatros, cuando diera vida á sus tipos amados, á los que pasaban por su mente en tropel siniestro, mirándole con odio porque no les daba vestiduras con que salir al mundo. Y entonces también el pobre escritor poníase á la mesa, por la noche, luego de cenar, y hasta las doce ó la una emborrataba cuartillas, embriagado de actividad, febril, nervioso, sin sacar nada bueno en limpio. Desmelenábase, rugía de rabia, rompía las cuartillas aun frescas, terminando por apiadarse al mirar á Nita, adormilada en un sillón, esperándole, con la labor abandonada sobre las piernas. Suspiraba, mirando el cielo, raudoso y blanco, á través de los cristales, y despertándola con un beso, iban los dos á acostarse en la gran cama de nogal, que les aguardaba llena de promesas al claror azuloso y tenue de la lámpara.

Las noches, cuando Mauricio fracasaba en sus tareas, eran frías y tristes. Desnudábase Nita en silencio, observándole de reojo, temerosa de sus arrebatos; fingiendo dormir, en tanto que musitaba: «No te apures; otro día será.» Y sufría realmente al verse desdeñada en su amor, al sentirle á él roncando, profundamente amodorrado por embrutecedor sueño, y maldecía en tales instantes aquel ideal eterno de belleza de que tanto hablaba él; tenía celos, anhelaba ser la más fuerte, pulverizarle, y por encima de las pavesas humeantes, alzar su amor, elevarle hasta las nubes, poderoso, omnipotente.

En cambio, á las veladas felices seguía una noche de fiesta. Cuando Mauricio, entusiasmado con algún cuento ó diálogo dábale brillante remate, sus jubilosos gritos la despertaban haciéndola saborear entonces, soñolienta, las novelescas primicias. La pasión de Villaescusa duplicábase; diríase que ansiaba unir en la persona de su amante á la belleza y al amor, y desposarse con ellos, en soberbio epitalamio de artista. La besaba en los ojos; en los labios sensuales; en las mejillas; en

la nuca; en el talle... Al penetrar en la alcoba, ambos despojábanse de sus ropas con presura, y oprimíanse en abrazos delirantes bajo de las sábanas. Villaescusa descubriala con palabra trémula sus caros pensamientos, y escuchando aquella música de proyectos, Nita se abandonaba en sus brazos. El fulgor cárdeno de la aurora sorprendiales á veces soñando despiertos.

Pero si la musa experimentaba singular placer estando junto á Mauricio, y cuando le tenía á su lado ambiciones y deseos concentrábanse en él, no sucedía otro tanto al verle desaparecer tras de la verja, camino de la redacción. Despertaba entonces la muchacha inquieta, sedienta de amor en cualquiera de sus facies, de actividad que disipara el fuego ardoroso de su mente. Primero se las compuso de manera que el adorno del nido la absorbiera. Gastó en chucherías no poco de los ahorrillos que guardaba. Pero engalanada ya la casa, agotado el recurso de ir á México, porque sentíase más á sus anchas en el pueblo, dióse á la tarea de recorrer las calles tortuosas y coronadas de follaje. Se la veía, grácil, con el rebozo de fina seda anudado al talle, mariposear por todas partes; escudriñar rincones en busca de flores silvestres; detenerse largos instantes en el límite del caserío, errabundas las pupilas por el valle. Al fin el hastío la retuvo, y permaneció durante largas horas en el corredor, como en los primeros días, entregada á la lectura. Leyó á los novelistas modernos que no conocía; impúsose luego la obligación de penetrarse de la literatura clásica. Hojeó á Homero, á Virgilio, á Pindaro, bostezando, saltando páginas enteras, y volviendo al cabo á su sitio el libro cogido con tanto empeño. La amistad con la familia Méndez la vino, pues, entonces como de perlas.

Trabajo, y no escaso, hubo de costarla decidir al mozo á que fuesen ambos á la tertulia. Paso en juego cuanta maña la sugirió su cerebro delicado de pájaro; los recursos todos de enamorada, que en grado superlativo poseía. Pero sus intenciones iban á estrellarse contra la tenacidad del artista, que rehuía el mundo con un supremo egoísmo de escritor que no gusta de que ocu-

paciones ajenas al arte le roben los minutos. Mas al cabo, convencido de que inútiles serian las razones para acallar los deseos de Nita y fustigado también por la criada, en cuyos planes entraba el de charlar con su rústico novio durante las ausencias de los amos, cedió declarando que por aquella vez, y sólo por aquella, daríase un baño de vulgaridad con la gente de abajo. ¡Caramba! No era posible hacer nada así. Sus ideas, sus proyectos, sus labores, quedarían interrumpidos por obra y gracia de la guapa hembra.

—¡Vaya, tontísimo, cualquiera diría que traes entre manos *La Divina Comedia*! No te arrepentirás de ir, te lo aseguro. Don Alejo es un señor muy bueno, un alma de Dios...

—¡Bonita recomendación!

Nita torció el gesto, frunciendo el ceño de un modo encantador.

—Ese, ese es el defecto de todos ustedes; querer hallar artistas en todas partes. ¡Y si supieran que nadie como nosotros los vulgares les admira más, con admiración sin envidia, sana, limpia de toda mancha!—Luego, besándole:—Verás qué familia. ¡Un primor, un verdadero primor! Jacobina, fresca, alegre; Lupe, soñadora y romántica—con ella harás buenas migas—; Nela, la pobrecita, un ángel... Y los invitados...

—¡Hola! ¿Tienen invitados?

—Vaya, pues, señor—saltó Moni, que oía atenta la conversación de sobremesa—; ¿cómo no habían de tenerles?

—¿Y cuántos, Dios mío?—interrogó Villaescusa acongojado.

—¡Dos!—rió Nita, alzando el mayor y el índice—. ¿Te parecen muchos?

—¡Oh! Eso es distinto ya.

La moza se llevó la copa á los labios, y limpiándose después con la servilleta, concluyó:

—Dos individuos que te harán mucha gracia. Es el uno don Aquiles Toro, capitán retirado, mofletudo, gordo y más viejo que mi bisabuela. Habla así, con un vozarrón grueso, como de cañón, y tiene tres hijos, muy

pequeños todavía—porque has de saber que este don Aquiles se ha casado en terceras nupcias—que se llaman Cnauthemoc, Alejandro y Napoleón.

Villaescusa mostraba singular asombro. Pero ¿de dónde demonios había sacado tal número de informaciones?

—¡Toma! Me lo ha contado Moni.

Mauricio se volvió hacia la aludida, preguntándola con una mueca significativa.

—Pues, si señor; ya lo creo que yo y nadie más que yo se lo dije. Las criadas todo lo averiguamos. En mi tierra dicen que somos los policías secretos de las casas.

—¡Tienen justicia que les sobra! Bueno, ¿y el otro convidado, mujer, puedes decirme?...

—Es Juanito Alvarez, el dependiente. Un excelente muchacho. Si tú le ruegas que se deje ir á la fuente de cabeza, no vacilará en hacerlo.

Los dos rieron de la ocurrencia, y convenido quedó que aquella noche misma, á las nueve, el futuro grande hombre adoptaría la máscara burguesa.

* * *

Los jueves eran días de gran trajín para la familia Méndez. La casa entraba en actividad desde por la mañana, para servir de escenario á la tertulia que invariablemente venía verificándose desde tiempo inmemorial en aquella quinta olvidada, que en medio de los chalets traídos por la moda al místico pueblecillo, no perdía su grave matiz arcaico, llamando la atención del turista con su verja antiquísima de ladrillos comidos por la humedad, sus muros cubiertos de moho y su jardín centenario, medio selvático, en el cual, al mismo tiempo que los naranjos, los rosales y las violetas que se agrupaban medrosas en cuadros de redondas hojas verdinegras, florecían las ortigas, la higuera y demás especies parásitas. Respirábase ahí un intenso aroma de antigüedad, pues semejante al jardín era la casa, y muy parecidos á ésta sus moradores.

Con puertas abiertas al corredor, se alineaban las

habitaciones, amplias, inmensas, frías, con esa frialdad de lo grande, patrimonio ancestral. La sala diríase que era un museo de antiguallas, al ver el ajuar, compuesto de enorme sofá tapizado de una tela que antaño fuera verde, y que ahora lucía un tinte de ala de mosca, y doce sillas, á cual más coja y chirriante. Una mesa ovalada, de gruesas patas retorcidas que lucían tallado complicadísimo de hojas y racimos de vid, y cabezas horripilantes de trasgos, hallábase en mitad de la habitación, sustentando panzuda lámpara; sobre ella, fotografías primitivas, obra del daguerrotipo, se desvanecían lentamente al contacto del sol, dejando adivinar apenas las sombras de los retratos: señoras de los tiempos viejos, con enormes peinetas, y caballeros enfundados en pantalones anchísimos. La alfombra, raída, dejaba ver agujeros que la buena voluntad de las doncellas de la casa no era bastante á remendar, pues no bien desaparecía uno, resultaba otro más grande que la bozada del capitán Toro. Y en las paredes y en las rinconeras, los cuadros, los floreros, una imagen de la Purísima, feúcha como ella sola, y porción de cachivaches más, hacían soñar al visitante con las edades muertas, que, á su entender, no eran mejores que la presente.

De las alcobas, la única que conservara íntegro su color de antigüedad era la nupcial, ocupada por don Alejo, solo desde los tristes años en que su viudez diese comienzo. Ahí estaba la gran cama de altísimo pabellón, herencia de sus mayores; la mesa de noche en cuyo cajoncillo guardasen el rapé lejanos abuelos; el tocador tosco y desproporcionado, provisto de un espejo que, por lo opaco, más bien semejaba de hoja de lata que de cristal; el armario apollado, en la techumbre del cual yacían olvidados sombreros de copa de los tiempos de Su Alteza Serenísima, y el Cristo, un Crieto sangriento, más horrible aún que la Purísima, que sostuvieran las manos trémulas de los Méndez agonizantes, y el cual conservase el boticario sólo por «razón de familia», pues reconocidas eran en el lugar sus ideas jacobinas y su devoción rayana en la idolatría por los pensadores de todos los siglos, grandes y pequeños, «que le hubie-

ran zurrado la pavana á la Santa Madre Iglesia». En uno de los muros, encima de la puerta de entrada, recibía el chorro de luz de la ventana abierta al campo el retrato al óleo de la mismísima bisabuela de don Alejo: una señora de alargada faz, ondulosa cabellera blanca, nariz aguileña y finos labios, española de pura raza. Pero la pobre antepasada, en verdad que hacía un papel bien triste en aquella alcoba, aterida por el frío de la viudez: cuando Jacobina era pequeña, la nodriza solía asustarla con el coco, que no era otro que la ilustre dama; y hoy, apenas si el señor Méndez de la penúltima hornada tomábase el trabajo de mirarla. Sus amores no residían ahí, en aquel lienzo descolorido por los años, sino en la fotografía que encuadrada en primoroso marco veíase en la propia cabecera del lecho. Hacía ella, la compañera ideal de sus mocedades, la novia coqueta, la tierna esposa más tarde, dirigíanse sus ojos de viejo que aun sentía renacer en el ánimo amorosos impulsos al contemplar la boquita diminuta, nido de besos; la frente soñadora de amante; los lóbulos rojos que tantas veces mordiese en sus arrebatos de erotismo, muy comunes al principio, cuando se encontraron una noche en la gran alcoba nupcial; raros después, al entrar por la común senda y amoldarse al amor burgués, tranquilo, metodizado.

De ordinario cogía el retrato entre sus manos, y acariciándolo con la mirada pasábase largos instantes. Añoraba los felices tiempos de su matrimonio, transcurridos en la misma añosa casa; la venida de la primogénita, que provocó tantas explosiones de cariño en el hogar; el nacimiento de Lupe, recibido con júbilo porque Jacobina tendría ya una compañera, y por último, como episodio interesantísimo de su vulgar historia, Nela, producto de sus entusiasmos pasionales de cuarentón, cuando Julia, su bien amada, le deslumbró con los últimos destellos de su juventud, en pleno otoño de la vida. Recordábalo todo con detalles, y sin embargo, ¡eran aquellas cosas tan lejanas! Diez años habían corrido desde la muerte de la señora Méndez, acaecida cuando Nela contaba siete, meses después de haber perdido la

vista á consecuencias de una terrible enfermedad, ante la cual los especialistas declaráronse impotentes. Diez años de trabajos ímprobos para don Alejo; diez años en que hubiese sucumbido si Jacobina, la mayor, con su natural talento y dulzura de genio, no llenara el vacío que dejó la madre al partir.

Mas la tristeza de don Alejo desvaneciase en cuanto abandonaba el recinto que encerró el fragmento idílico de su edad madura. Sonreía con sonrisa bonachona de padre satisfecho al colarse en las habitaciones de sus hijas, tan grandes y pasadas de moda como la suya, es cierto, pero embellecidas por un no sé qué de nuevo, de juvenil; iluminadas por una luz más clara, que se escurría por entre las cortinas, bañando los muebles de reciente construcción que sustituyesen á los arcaicos; trazando arabescos en el piso de madera pintado de rojo; cabrilleando sobre el tocador de cedro lleno de miniaturas de porcelana, de primores de aguja debidos á la mano de Lupe, la más femenina de las tres, la que no contenta con rodearse en su alcoba—ella tenía la suya, separada de las dos hermanas—de las monerías hechas en sus ratos de ocio, sabía poner un listón que diese la nota alegre en el cuarto de las otras; el encaje que embelleciera la blusa de Jacobina, demasiado práctica para reparar en tales menesteres, y el collar de perlas falsas en el albo cuello de Nela, la pequeña, la mimada. Entonces sí que el viejo cobraba pujantes bríos, observando que el nido era feliz, á pesar de la ausencia de la esposa. Estremeciase de gozo al sentir sobre su frente los castos labios de Jacobina; regocijaba con bromas los mutismos ensoñadores de Lupe, y corría hacia Nela al volver de la farmacia, cuando ella, oyéndole venir, le tendía los bracitos delgaduchos de niña enfermiza, gritándole: «Papá, papá», con una voz que más semejaba de chiquilla que de moza de diez y siete abriles.

Llenaban los tres angelitos su existencia gris, que entre hogar y botica se repartía.

A las siete, cuando el sol derramaba su lluvia de oro sobre el pueblo y salían los primeros trenes repletos de viajeros—empleados que iban á México, ansiosos de lle-

gar á tiempo á la oficina—, don Alejo Méndez parábase en la puerta de su establecimiento, con el levitón de dril blanco muy bien planchado, la camisa nítida, en pantuflas, con los escasos pelos que orlaban su calva echados hacia atrás, la barba gris constantemente acariciada por la mano huesosa y los ojillos miopes reluciendo tras de los cristales de los quevedos. Saludaba con una sonrisa benévola á los transeuntes, desde la doméstica que con el cesto al brazo hacía las compras, hasta la señora de chal prendido al moño, que iba á misa, apresurando la marcha al compás de la campana de la parroquia.

—Buenos días, don Alejo.

—Adiós, niña; ¡qué guapa va usted!

—¿Cómo va, señor Méndez? Y Jacobina ¿todavía no llega?

Desfilaban uno á uno: la criadita que recibía los piporos inofensivos del viejo; el hortera, ávido de enterarse de Jacobina, so pretexto de la salud del farmacéutico. Caminaban de prisa, engranados ya en la máquina de la humana actividad, corriendo en pos del duro en la tenaz lucha por la vida, en tanto que él, plácido, saturando su cuerpo envejecido en las frescas brisas matinales, bendecía su vida de paz, ahí, en el umbral del tabuco que pasara también, como la casona, de mano en mano, de generación en generación. Juanito iba y venía, sacudiendo los pomos que ostentaban rótulos latinos, alineados en los blancos anaqueles; trepando al mostrador, removiendo balanzas, con una fiebre de actividad, de limpieza, que no le dejaba ver con calma el que un átomo de polvo desluciese la albura de los trastos, y le hacía no prestar oídos—¡él, la obediencia misma!—á las insinuaciones del señor Méndez, que, volviéndose levemente, repetía á cada instante:

—Hijo mío, es hora que vayas á desayunarte. Las muchachas estarán cansadas de esperar.

Respondía maquinalmente con un «ahora voy», sin interrumpir la faena, hasta que el boticario, harto de ruegos, hundíase en la contemplación del espectáculo que de años atrás tenía delante, monótono, carente de

nuevos detalles, pero seductor por su misma monotonía; tanto, que si variase un ápice, no sería del gusto del buen señor, enamorado de la existencia eternamente igual, soñolienta, de los pueblos.

Enfrente, en el mercado anexo á la plaza de San Jacinto, apiñábanse los vendedores bajo el exiguo techo de cinc, sostenido por añosas columnas de acero. Puestos de legumbres donde entre la verdura lucía el rojo de los tomates, el tinte blancuzco de las cebollas, el pajizo de los chiles secos; de frutas, naranjas odorantes, limones, plátanos y ciruelas; de quesos, que se amontonaban en pirámides de tinte blanco sucio, alternaban uno á uno, dejando apenas libre el paso á los compradores. A los gritos de las fámulas que solían regatear, mezclábanse las voces agudas de las vendedoras de tortillas calientes, que se acurrucaban en un extremo, delante de los cestos; el pregonar de las que ofrecían pescado frito en anchas hojas verdes; el repiqueteo del hacha del carnicero, atareado en cortar en menudos trozos las piezas de carne que colgaban, sanguinolentas, de puntiagudos garfios; un mare mágnum de exclamaciones estallando bajo la alegría del sol naciente, en la mañana primaveral, que comunicaba al pueblo, muerto en las demás horas del día, el movimiento, la agitación nerviosa de la ciudad.

Y el vejete entreteníase en mirar curioso desde su puerta semejante va y ven, siguiendo con interés las contiendas, muy comunes por cierto en el mercado, en razón de que la gente que ahí comerciaba era levantisca de «la otra banda», y las maritornes pueblerinas amantísimas de escamotear los dineros á poco que los huertanos se descuidasen.

Cesaba la algarabía á las nueve; las callejas que culebreaban entre los puestos despejábanse. Las verduleras, cansadas de vociferar, engullían su rústico almuerzo; el carnicero, ataviado con largo mandil sanguinoso, dejaba el hacha, tomaba asiento en el mostrador y entreteníase en interminables charlas con las hembras. Entonces don Alejo quitábase el largo levitón de dril, sustitúalo por su bien cepillado saco de casimir negro,

y en cuanto llegaba corriendo el mancebo de la botica—que ya obedeciera el anterior mandato—, dirigiase paso á paso á su morada, que columbraba dos calles más allá, bañada por los rayos juguetones de sol y regocijada—esto lo suponía él para sus adentros—por el trajín de las señoritas, de las cuales una solía esperarle en la propia verja.

Ya en la mesa, rodeado de las tres muchachas, Jacobina á la derecha, Lupe á la izquierda y Nela enfrente, discurría en torno á cosas menudas, entre sorbo y sorbo de espumoso chocolate. La morena le interrogaba á propósito del color y hechura de los trajes de las conocidas, si las había visto; Jacobina sobre el precio de las coles y Nela limitábase á oír, aventurando á veces alguna preguntilla en derechura de la salud de Juanito, que de seguro no era buena, porque aquel ó el otro día no se desayunó bien. Una hora larga duraba el palique, hasta que la primogénita, con el rebozo puesto, luego de haber dado instrucciones á la criada—una ruda moce-tona las más de las veces—, cogíase del brazo de papá, y ambos marchábase á la botica.

Los más viejos del lugar no recordaban la época en que ésta se fundó. Si tenían presente que desde sus verdes años, allá cuando gastaran calzón corto y boina, las pastillas de los Méndez de entonces eran su delicia, y los chicos de la escuela hacían peregrinaciones á fin de comprarlas y hurtar la que les venía á mano, á poco que se descuidase el farmacéutico. La botica era vieja, viejísima, y á fe que no lo parecía ahora con su mostrador pintado de blanco y oro, sus grandes esferas de cristal llenas de agua de color que tamizaban suavemente la luz de los focos, y su escaparate monísimo, re-bosante de cajas de perfumes que nadie compraba, de cepillos de dientes, de torrecillas de jabones y otra porción de cosas de lujo que lo hacían digno, según don Alejo, de figurar en la calle de Plateros, por ejemplo. Lo único que patentizaba á los ojos del cliente la anti-güedad del establecimiento, era el San José encuadrado en carcomido marco, que se dijese protegía con su carucha inexpresiva, en fuerza de ser dulzona, la bene-

mérita casa. Durante muchos lustros tomaron asiento en los bancos situados junto á los muros lo que de más respetable y serio se conocía en San Angel: licenciados, curas, médicos, funcionarios públicos... Los amigos del padre y del abuelo del señor Méndez entrometiéronse ahí en mil charlas, dejando para siempre las huellas de sus posaderas estampadas en la recia tabla.

Hoy mismo no le faltaban á don Alejo personas que fuesen á visitarle, contándose entre ellas viejos y jóvenes, aunque no frailes, en razón de sus ideas materialistas, que eran de todos sabidas, gracias á un folleto *Sobre las nuevas y luminosas teorías de M. M. Berthelot*, publicado años antes, con gran escándalo de la gente de la parroquia y aplauso calurosísimo de los colegas de la metrópoli.

Impulsivo y nervioso en sus discusiones, así como era reposado cual una oveja en las pequeñeces de la vida, no logró tener un ejército de amigos, á la manera de sus ancestros. Dadas sus inclinaciones al aislamiento y su devoción jamás desmentida por el hogar, lógico era que no penetrase en la intimidad de sus semejantes, aunque sí fuese conocido de todos, y les pusiera «cara de pascuas», como afirmaba Jacobina. Acostumbraba saludar, repartir sonrisitas amables, eso sí; pero en tratándose de relaciones estrechas, las tenía contadas. ¡Y caso extraño! De don Alejo pensaban sus coterráneos que era un alma de Dios, un hombre humilde en la significación lata de la palabra. Sin embargo, nada más distinto de la verdad: don Alejo, según opinión de su *yo*, era un genio, un grande hombre que nadie había comprendido. Abrigaba profunda lástima por sus semejantes, y de ahí que les mirase con benevolencia y sólo se indignaba cuando le tocaban las cuerdas sensibles. Hablábanle á él de su ilustración, de su honradez profesional, de sus conocimientos hondísimos en ciencia: dijéranle que sabía más que los médicos—á éstos les odiaba cordialmente—y proclamaran á los cuatro vientos las excelencias de las píldoras Méndez para el estómago, de las obleas Méndez para el dolor de cabeza y del jabón ídem para suavizar el cutis, y ya era otra

cosa: enrojecía como un niño, balbuceaba frases de gratitud, y en lo de adelante, el que tal hiciera podría contarse en el número de sus consagrados y disponer de su vida y hacienda.

Por eso sus hijas eran sus ídolos. No contentas con halagar la vanidad paterna siendo modelo de chicas bien criadas, incensaban al farmacéutico, hacíanle preguntas sobre diversas materias y echaban á volar las campanas del elogio á los cuatro vientos. Igual hubo de hacer Juanito Alvarez, elevado desde la calidad de aprendiz de la botica á la de dependiente, merced á su ingenuidad, que le impulsaba á oír como evangelios las palabras de don Alejo y á llamarle maestro con respetuosa admiración. Y otro tanto podría decirse del capitán don Aquiles Toro y de cuantos habían metido baza en las tertulias de los jueves.

Pasábase la mañana en el laboratorio, haciendo ensayos químicos, ávido de perfeccionar sus productos. A mediodía marchábase á comer antes que los demás de la familia y volvía á la una, á fin de que Juanito y Jacobina le imitasen. Echaba su siesta en la trasbotica al tornar el mancebo, y el resto de la tarde matábalo leyendo libros y revistas nuevas, hasta la noche, en que tal cual conocido iba á echar el palique tradicional, solazándole amenamente hasta las diez, hora en que de modo irremediable cerrábase el establecimiento, así se muriése el pueblo entero.

¡Ningunos instantes más dichosos, más dulcemente apacibles para el boticario que los pasados en la sala de su morada, después de la cena, en compañía de sus hijas y de su caro discípulo! Sentado en el profundo sofá, departía alegremente, saboreando satisfecho aquella paz, aquella inefable dulzura que se desprendía del grupo de seres amados. Jacobina, junto á la lámpara que, puesta sobre la mesa del centro, espareía oleadas de luz en la habitación, cosía, alzando á veces el rubio rostro sonriente para responder á alguna pregunta de su padre ó de sus hermanas. El tejido blanco, fino, menudito, pasaba por entre sus dedos de niña; fruncía el entrecejo, atenta á su labor, sumida en la tranquilidad

que traen consigo las faenas hechas maquinalmente, que dejan libre vuelo al espíritu y dan descanso al cuerpo. Lupe, en el piano, tecleaba, decidiéndose en ocasiones á ejecutar á sus favoritos. Cuando sentía cansancio ó fastidio, sus manos delicadas de romántica desgranaban una sonata de Beethoven, y absorbíase en la serenidad impalpable de aquella música; cuando á su alma de virgen encerrada entre las cuatro paredes de la vieja mansión descendía la tristeza, la sed de amar, una mezcla confusa de deseos que se adivinaba en la languidez de sus pupilas negras, embriagábase con Chopin. Escuchando ella misma lo que tocaba, parecíala vagar por una región de ensueño. Juanito, de pie á un lado, escuchaba, y al interrogarla, extrañado de sus cavilaciones, quedábase sin respuesta.

En un sillón, con la cabeza rubia apoyada en el respaldo, Nela entreteníase en la común plática, oyendo también, como Lupe, el piano, é indicando á su hermana que repitíese tal cual fragmento. Pero piano y circunstancias olvidaba en cuanto Juanito, herido por las asperezas de la morena, que tan á menudo gustaba del mutismo, venía á sentarse junto de ella. Entonces sí que la risa argentina de Nela opacaba las notas, y su lindo rostro hacía gestos expresivos que suplían la ausencia de la mirada.

—Nela, ¿cómo estás hoy?

—Bien; ¿y tú?

—Lo mismo; muy bien, gracias.

—¿Te has divertido en la botica?

—Así, así...

—¡Pobrecillo! te compadezco. ¡Cuánto mejor sería que yo fuese en tu lugar!

—¿Es que te fastidias?

La ciega decía que no con un movimiento de cabeza.

—Ya te he dicho que me he formado mi mundo aparte. No creas que me hacen falta los ojos. Con mi imaginación, que vale más que ellos, lo veo todo. ¡Ay! Si tú vieras los jardines que yo he visto; los paisajes lindísimos; el sol que yo miro; las caras preciosas que de seguro no hay en el mundo, querrías volverte ciego...

Luego reía estrepitosamente, y buscando las manos del muchacho, apretábalas entre las suyas, añadiendo: —¡Pero no te enojarás conmigo ni dirás que estoy loca!... No lo creas, Juanito de mis culpas: todas son mentiras mías para tener que hablar.

Absorbíanse en charlas encantadoras, en las que la ingenuidad de la niña se entretejía, á modo de encaje de oro, de sutiles hilos, con los ensueños forjados en la noche de las horas. Mas no eran éstos románticos, saturados de pasión como los de la morenucha, su hermana, sino blancos, infantilmente castos. En los labios de aquella chicuela, traducidos en palabras vulgares, tenían la armonía de una música lejana. El dependiente, simple y sencillote, comprendíalo así, no obstante, y jamás dió muestras de fatiga al final de tan dilatados paliques: al contrario, cuando se levantaba la sesión, á una señal del jefe de la casa, á Juanito escarabajébase algo en sus adentros que tenía que decir á Nela, y con las intenciones de hacerlo se iba; quedábase en la puerta del corredor, fruncido el entrecejo, estirándose las mangas del saco, y murmuraba: «Vaya, vaya, vaya...» Hasta que, por último, dándose una palmada en la frente, solía exclamar:

—¡Ah! Nela... Bueno, no lo recuerdo ahora; pero mañana te lo diré...

Y se metía en su cuarto, en el cuarto que ocupaban los mancebos de botica anteriores á él, pues en aquella dichosa mansión todo se hacía por ley de herencia.

Tanta dulzura y bienestar tanto como reinaban en las veladas íntimas, no eran, sin embargo, suficientes para la común felicidad. Todos aguardaban con ansia el jueves, día de recepción formal. Durante los de la semana que le precedían hacíanse preparativos. El jueves llegaba envuelto en un velo de ideal. Si algo bueno había que contar, dejábase para el jueves; los vestidos mejor planchados y monos reservábanse para aquel día en un rincón del armario; los versos compuestos por Juanito en sus ratos de ocio—los versos eran para él muy poco serios para robar minutos á la ciencia—, recitábalos el jueves; y los experimentos curiosos del labo-

ratorio, y la política local—porque en San Angel existía la política—, y las cosas gordas que ocurrían en el mundo entero, eran comentados, relatados minuciosamente y sometidos á muy sesudos análisis por el benemérito don Alejo Méndez solamente los jueves. Cualquiera diría que se trataba de tertulias aristocráticas y muy concurridas. Nada de eso. El único invitado, ó mejor dicho, los únicos invitados, eran el capitán don Aquiles Toro y Juanito Alvarez. Porque *¡diávolo!*, como decía el impetuoso don Aquiles, el pícaro Juanito, visto á través de su personalidad de poeta, era otro muy distinto del de los demás días, simplón, serio, alma de cántaro y mosca muerta: adoptaba actitudes homéricas al declamar, y aun decía cosas más bonitas que de ordinario, según los entenderes de Nela.

Antaño, las tertulias del boticario hacían raya en los anales de la vida social del pueblo. Su bendita señora, con aquel carácter buenísimo que Natura la diese, atraía multitud de familias, y corría el té por arroyos y las pastas por arrobos, ante las miradas de azoro de don Alejo, el cual, á pesar de su adoración por la cara mitad, no podía evitar que su natural avaricia se sublevase; pero hogaño los invitados habían quedado reducidos á los dos susodichos, y nadie, por mayores que fuesen sus valimientos, llegó nunca á penetrar en la fortaleza de aquellas amistades egoístas.

Así, pues, cuando Nela y Lupe anunciaron á su padre que «los de arriba» asistirían al día siguiente á la tertulia, el buen señor saltó de su silla. No entraba en su temperamento rutinario el que dos extraños viniesen á romper los consagrados moldes. Además, ¿qué diría Aquiles? ¡El, que se honraba con ser el único, el preferido!

—¡Qué ha de decir, papá!—respondía Lupe—. ¡Como si esta fuera su casa! ¡Qué le importa!

—No, hija mía; los amigos son los amigos. Aquiles es el sólo hombre que me ha comprendido.

—Pues el señor Villaescusa te comprenderá también. Ya lo verás.

—Es literato, papá—murmuró Nela.

—Razón de más para que no logremos entendernos. Los literatos están llenos de humo, y yo de ciencia... Por otra parte, hay un grande obstáculo: tú sabes que Juanito... por mero entretenimiento...

—¿Te refieres á sus versos?—interrogó Lupe.

—Sí; los compone, los compone, pero...

—¡Pero, papá—salta Nela—, si los versos de Juanito son preciosos! El señor Villaescusa los elogiará, los publicará, los...

—No está el horno para bollos, hija mía. El señor Villaescusa se reirá de ellos con todas sus ganas.

Pero la voluntad del boticario presto doblegóse ante las coaligadas de sus dos retoños, que vino á reforzar Jacobina, quien, en las pocas veces que hablara con Nita, cobróla franca simpatía.

Juanito se puso como un tomate al recibir la noticia, mas no de vergüenza, sino de vanidad. ¡Por fin encontraba un conocedor que escuchara sus versos! ¡Quizás volaría á la semana siguiente su nombre de poeta por esos mundos de Dios!

Dispúsose á hojear el Hermosilla con objeto de que su erudición literaria se refrescase, aun á riesgo de que la ciencia saliera perdiendo, y rebuscó tercamente entre «sus papeles» la mejor obra que brotara de su numen: unas estrofas—*A la luna*—que lograsen conmover, meses antes, el corazón de piedra de don Aquiles.

*
**

Estrías de luz blanca filtrábanse á través de los visillos de la puerta de la sala cuando Villaescusa y Nita acudieron. La tertulia no comenzaba aún. Los amantes llegaron á tiempo de sorprender una escena íntima: Nela, medio recostada en el sillón, esperaba; Lupe entreteníase poniendo en un jarrón chinesco flores cogidas al azar en el jardín; Jacobina iba y venía, arreglándolo todo, como si algo muy serio en materia de festivales fuese á suceder ahí; y el boticario, enfundado en su levitón negro de viejo corte, cubierta la calva por un gorro de

mil colores, paseaba de un lado á otro de la habitación, mirando el reloj á cada instante.

Magnífica impresión hizo en el ánimo del escritor aquel cuadro de tan exquisito sabor de hogar. Desheredado de la suerte en lo tocante á afectos, como no fuese el amoroso de Nita, gustaba de analizar las ternuras del amor burgués, deleitándose en la contemplación de los interiores dichosos.

Nela fué la primera en exclamar:

—¡Ahí están!

Al escucharla Jacobina lanzó un débil grito, desapareciendo en seguida, á fin de ataviarse convenientemente; don Alejo se puso en pie y corrió á abrir; Lupe quedóse junto al velador, deshojando entre sus dedos un botón de rosa.

—Pasen, mis queridos vecinos, pasen ustedes. ¡Qué puntualidad! Las diez y cuarto son, precisamente...

Diligente, indicó á Nita el sofá; recogió el sombrero á Mauricio; fué hacia la puerta; llamó á Jacobina á grandes voces, y dando palmaditas á Villaescusa en la espalda, hubo de sentarse junto á él, olvidado ya de los inconmensurables abismos que separan á la poesía de la ciencia.

—Susana—dijo Nela cogiendo entre sus manos las blancas que ella le tendiese—, pensé que usted no vendría...

—Pero, Nela, ¿por qué?

—Son estas reuniones tan pobres, tan en familia... Al señor—murmuró señalando con un gesto al artista—no habrán de gustarle quizás...

El poeta hubo de sonreír ante los temores de la chica. Los Méndez habíanle entrado ya por el ojito derecho. Encontraba en ellos no sé qué de característico que no logró escapar á su perspicacia observadora. Respondió excusándose. Realmente, sentía en el alma no haberse decidido antes á entablar relaciones con personas tan simpáticas.

—¡Oh! no, nos adule usted—interrumpió Lupe—. Para el que tanto de bueno ha visto, las fiestas caseras son insignificantes.

—Pero si éste nada ve. Se pasa los días en casa, escribe y escribe. Yo le he dicho: «Mauricio, es preciso que te distraigas, que no te entregues al trabajo de manera tan obstinada. En casa del señor Méndez pasaríamos ratos deliciosos si te decidieras á venir.» ¡Y vaya si me ha costado algo traerle!

Don Alejo hizo un guiño malicioso.

—¡Qué bien se conoce, amiguito, que la luna de miel le ha sorbido á usted el seso! Ya se ve: ¡siendo poeta!...

—No es preciso serlo para gustar del amor.

—Tiene razón. Yo mismo, que nací como quien dice en la ciencia, que me he criado en la ciencia, que vivo en la ciencia y moriré en la ciencia... yo, hombre científico por temperamento, conocí, ¡ay! lo que eso es en los lejanos tiempos en que aun tenía á mi esposa.

Villaescusa, que por referencias y por lo que estaba oyendo, comprendía el lado flaco del farmacéutico, se desató entonces en elogios. El admiró siempre profundamente á los hombres que consagraban sus días al descubrimiento de la verdad. Comprendía también que aquéllos y no otros eran los seres en cuyos corazones solían arraigar con más fuerza las pasiones: y con leve ironía, que nadie de los presentes advirtió, hizo un paralelo entre el amor del sabio y el del poeta; el uno apoyado en la verdad, ebrio de belleza el otro, pero los dos tan grandes que se dijera tenían algo de épico, de extrahumano, que les aproximaba al infinito.

—No ignoro, señor don Alejo, lo que usted significa en la sociedad de este pueblo. Me son conocidos los medicamentos de su invención, que aprovecharé sin duda en la primera oportunidad.

—¿De veras? ¿Los conoce usted?

—¡No había de conocerlos! ¡Y el folleto sobre las teorías de Berthelot! ¡Y los diplomas de la Exposición!

—¡Hombre, mi señor don Mauricio, qué gratísima, pero, sí, qué gratísima sorpresa me he llevado con usted!

Hallábase el boticario en un instante de franco entusiasmo. ¿Cómo imaginar que ahí en casa tenían un verdadero poeta, un poeta enamorado, no sólo de las combinaciones métricas ó de las prosas más ó menos

bien pergeñadas, sino también de la verdad científica? Desde aquel momento sintió por Villaescusa sincera afección, que se traducía en apretones efusivos de manos; en suaves caricias hechas en los hombros de su interlocutor; en piropos—esa noche los soltó á porrillo—, en elogios lanzados á la buena de Dios, con el sano propósito de estrechar para siempre la amistad del joven y distinguidísimo escritor.

Cuando Lupe se sentó al piano y brotaron las primeras notas del *Nocturno* predilecto de la musa, Jacobina entró, adorable, rubia, encerradas las núbiles morbideces de su cuerpo en un traje de color rojo que destellaba á la luz de la lámpara, acentuando la nítida blancura del cutis. Y fué entonces cuando en la sala arcaica, á la claridad tibia, de una palidez de ámbar, que tamizaba el globo de cristal, vino la animación completa, ese regocijado bienestar que se experimenta en los hogares de los sencillos y de los buenos. Nela parloteaba con su vocecilla débil, semejante á gorjeo de pájaro; la primogénita embebiase en conversaciones con Nita, la cual saciaba entonces sus deseos de sociedad, de expansión; el futuro gran escritor, cruzadas las larguchas piernas, saboreaba con embeleso los conceptos del viejo. Y aun no concluía de tocar Lupe, cuando en el patio resonó una voz estentórea, que llegó á la sala acompañada del chirrido de la verja, al girar, dando paso á los nuevos visitantes.

—¡Diávolol! ¿Han empezado ustedes ya?

Se escucharon pasos y el golpe seco de una pierna de palo sobre las baldosas del corredor. En el umbral, apareció la humanidad exuberante del capitán don Aquiles Toro, á la cual seguía la desmedrada de Juanito Alvarez.

Extrañábale al veterano que la juerga hubiese dado comienzo, pues ignorante como estaba de que las *flas* de invitados engrosarían con dos nuevos reclutas, no le pasó por el magín una idea que explicase aquella falta de cortesía para con él, que diese en toda ocasión, con su presencia, la señal de apertura. Nada le habían advertido los Méndez, temerosos de que en una de aque-

llas explosiones de su carácter, que á la postre se convertían en humo de pajas, se negase á concurrir. Así es que el impulsivo señor quedóse alelado cuando Villaescusa, poniéndose en pie, saludóle.

Era un viejo de faz ruda, cuidadosamente afeitada, en la cual sólo se conservase el bigote, grueso, cerdoso, que sombreaba los labios. En sus ojos pequeños, hundidos en la carnosidad amarillenta de los párpados, relucía con frecuencia una mirada tímida, que presto transformaban en feroz las hirsutas cejas. El pelo, gris, cortado á rape, dábale cierto aire marcial; la nariz, ancha y arriscada, imprimía al rostro altivez rayana en hosquedad.

—¡Hombre, Alejo—murmuró, disimulando á duras penas su contrariedad—, no me habías dicho!...

—¿No te lo dije? ¡Caray, pícara memoria la mía!... Pues sí, los señores...

Enredáronse en excusas. Jacobina, Lupe y Nela hicieron el elogio de los nuevos invitados. ¡Ya vería el capitán Toro qué excelentes personas! Villaescusa era un escritor de los más renombrados de la juventud literaria y Nita una muchacha encantadora. Mauricio, entretanto, saludaba á Juanito, quien no podía impedir que el rubor se le subiese al rostro á cada una de las frases de elogio que aquél dedicó á sus versos. Su cuerpillo enclenque temblaba de emoción; sus ojos, unos ojos color de avellana, grandes, infantiles, miraban á ratos el pavimento; zumbábanle los oídos, y frases entrecortadas brotaban de sus labios, desvaneciéndose en el rumor de las voces argentinas de las señoritas, en la ronca de don Aquiles y en la melosa del farmacéutico. El círculo habíase agrandado en torno á la lámpara, que se dijera desparramaba su luz como en los tiempos felices en que la mansión fuese albergue de la mejor sociedad pueblerina. Del jardín, envuelto en sombras, iluminado tenuamente por el fulgor de la noche estrellada, venían rachas de aire aromoso. El capitán, apuradas las dos primeras copas de rubio coñac, tornóse hablador y dicharero. Su charla, plagada de adjetivos tonantes, de interjecciones evocadoras del cuartel, dominaba á las

otras. Tensa la pierna de palo, el vientre sobresaliéndole á modo de cúpula, llevábase á la boca la copita y daba tragos pequeños, sabrosos, cerrando los párpados. Sin que el periodista se lo pidiese, y en razón de las frases laudatorias que en honor del viejo ejército pronunciara, hizo su historia, que en la casa todos conocían de cabo á rabo.

—¡Palabra de hombre que usted no se corre en el elogio al decírmelo, amiguito! Los soldados de mi tiempo éramos soldados, ¡caramba! Si usted nos hubiera visto, habría cantado, como Esquilo á los guerreros de Troya...

—Perdóneme usted que le interrumpa—dijo Juanito, demudándose luego al observar la cara de vinagre que le puso el veterano—. No fué Esquilo, sino Homero, el que compuso *La Iliada*...

—¡Y eso qué importa, mequetrefe!

Don Alejo intervino, presintiendo la tempestad:

—Aquiles, Aquiles, no te sulfures...

No se contuvo éste, sin embargo, y añadió, comiéndose con los ojos al mancebo:

—Esquilo ú Homero, es igual... Un demonio me interesa que se llamara Fulano ó Mengano el que comprendió el valor militar. Lo comprendió, ¡y basta!

Después, enjugándose el sudor que le corría á chorros por la airada frente, prosiguió:

—Pues, sí señor, me batí desde la edad de quince años; yo he servido con González Ortega, con Zaragoza, con Sóstenes Rocha; estuve en Puebla, en Oaxaca, en Zacatecas, en toda la República; he cortado la cabeza á muchos sinvergüenzas, he abofeteado á muchos traidores, y á pesar de ello...

—Y á pesar de ello, es usted capitán—terminó Jacobina, riendo—. ¡Qué diablo de suerte tan perra!

Toro se ruborizó. No alcanzaba, por cierto, su agudeza el puntito de fina ironía que brillara en la frase de la rubia. Proverbial era en San Angel su candoridad.

—No, no, queridita—repuso—; no achaques á mi suerte lo que debo á mis menguados méritos. Verdad es

que luché, que me sacrificué, que ahora gozo, con unos cuantos duros al mes, del retiro que tuvo á bien concederme el Supremo Gobierno; que mis días pasan en sana tranquilidad, alegrados por mis hijos, que al fin de mi carrera han venido á ser el premio, el mejor galardón... ¡Valiente galardón! ¡Unos bergantes que se apedrean en pleno llano; pero, eso sí, que nunca han vuelto las nalgas al enemigo!

Don Alejo tosió, moviéndose inquieto en el sofá y tirando de un faldón de la levita de su amigo. El cual, volviéndose tranquilo hacia él, dijo:

—¡Caray, Alejo! ¿lo dices por las nalgas? Nalgas se han llamado y aun se llaman las posaderas. No he de cambiarles yo el nombre. Además, ya saben ustedes que á mí no me gustan las paráfrasis...

—Perifrasis, si usted me permite—, corrigió Juanito. Don Aquiles lanzóle una mirada incendiaria, se mesó la barba, y continuó:

—Decía, mi señor don Mauricio, que después de las penalidades sufridas y de tanto ir y venir por tierras distintas, me conformo con lo que tengo; pues eso, y no otra cosa, es lo que merezco...

Se elevó un huracán de protestas en la sala.

—No, padrino; tú deberías ser coronel—gritó Nela.

—O teniente coronel siquiera—replicó Lupe.

—¡Mayor!—murmuró Jacobina.

—¡Ay, hijas mías, cómo se lo agradezco! Claro que ustedes, que me quieren tanto, desearían primores para mí; pero...

—Pero, don Aquiles—dijo Nita metiendo su cuchara—, si son reconocidos en usted el valor, la pericia militar, la...

—No, señora, yo no valgo nada; soy, á lo más, un pelagatos cualquiera...

Cuando don Aquiles Toro se ponía á hablar mal de sí mismo, era, como afirmaba el boticario, el cuento de nunca acabar. Así, pues, Juanito, con toda la malicia que caber pudiese en su genio buenazo y sencillote, se dispuso á cortarle el terreno, temiendo, con sobra de razón, que el poema *A la luna*, que durante la tarde

recitase maquinalmente en la botica, ante el asombro de los clientes, que le creían loco, no saliera á relucir aquella noche.

—Vamos, don Aquiles, vamos, no sea usted tan modesto. Con uno sólo de sus méritos le hubiese bastado y sobrado para llegar al pináculo: la figura. ¡Usted tiene cuerpo de general brigadier, si señor!

Una ola de sangre congestionó el afeitado rostro del capitán. Sus brazos temblaban, apoyados con fuerza en los del sillón, que cruzaba en razón de la pesadumbre duplicada del viejo.

—Mire, mire, Juanito, que ya se me va calentando el espinazo, y cuando á mí se me calienta... Y no le aplico á usted la frase que destino á los monigotes entrometidos, por respeto á los señores... Y no le doy á usted un golpe que yo me sé, en ese pescuezo de águila moribunda que usted tiene, por... respeto á los señores también... ¡Caramba con los jovenzuelos estos!

Á duras penas los circunstancias contenían la risa. Nita había vuelto la cara, en cuyos labios pugnaba por brotar á chorros; Nela tamborileaba con los dedos en la silla; Lupe daba mordiscos á los encajes de la manga, y Jacobina había huído precipitadamente á las habitaciones interiores. Sólo Juanito, entre desazonado y corrido, metíase las manos en los bolsillos del pantalón, bajando los ojos.

El señor Méndez puso fin á la escena, como en los demás días, pues sabido era que unir á militar y mozo, equivalía á tramar reyerta segura.

—Cálmate, cálmate, Aquiles. Nunca han de tener ustedes la fiesta en paz—. Poniéndose en pie, gritó en seguida:—¡Jacobina, Jacobina! ¡El té!

Y arrellanóse de nuevo en un rincón del sofá, á tiempo que Villaescusa, manteniéndose serio á duras penas, rogaba á Juanito que les obsequiase con las primicias de su nueva composición poética.

Al pobre mozo se le iba un color y otro se le venía. Titubeaba, balbuceando frases incongruentes, rojo como amapola.

—Señor Villaescusa... Efectivamente, es mucho ho-

nor... Tratándose de un escritor ya formado... pues... A ratos compongo versos... Quién no tiene sus ratos de poeta, ¿verdad?... Pero...

Al decir «pero» emprendió un furioso registro en los bolsillos todos. Le temblaban las piernas; sacaba y volvía á meter papeles, cajas de cerillas, lápices. Conocíase su vacilación, y en sus labios estaba ya formulada la negativa, cuando Nela le alentó tímida:

—Anda, Juanito; á los señores les gustarán mucho tus versos...

—Pero Nela, francamente creo...

A don Aquiles le brillaban los ojos.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿Qué los ha perdido usted? Tenga valor, jovencito, y no nos engañe con zarandajas. ¡Caramba! ¡Si me los ha enseñado á mí; si en todo el trayecto de la farmacia acá no ha hecho algo mejor que pasarme el papelucho ese por las narices!

Cogido infraganti, no tuvo otro recurso. Desembolsó el cuerpo del delito; limpióse la frente bañada en sudor; calóse los lentes sobre la nariz delgaducha; se compuso la corbata; carraspeó, y empezó diciendo:

—*A la luna*, poema en dos cantos...—con una voz tan débil, que se dijera salía de la garganta de un ajusticiado.

Jacobina entró con el servicio de té, un servicio antiquísimo, tan antiguo como el ajuar, á tiempo que el sin ventura murmuraba el último verso. Se escucharon aplausos. Villaescusa le felicitó. Y tanta había sido la congoja de Juanito Alvarez, que hubo de contentarse con este efusivo apretón de manos, echando en saco roto la publicación de su engendro. Entre sorbo y sorbo continuó la charla, salpimentada por los chistes inconscientes del capitán. Lupe fué al piano una vez más, á instancias del dependiente, que permanecía mudo, alelado, atento al mariposeo de las manos largas, afiladas, sobre las teclas. Mas ya parecía agotado todo recurso de solaz, cuando don Aquiles insinuó sus deseos de que Nela cantara.

—Vamos, ahijada, compláceme...

La ciega sonreía en el rincón, dulcemente iluminada

por el fulgor de la lámpara. ¿Cantar ella? ¡Pero si hacía mucho tiempo en que ni siquiera lo intentara! Bastó, no obstante, una indicación de Juanito, para que se levantase, y firme, segura, con coquetas inclinaciones de su cabecita blonda, atravesara la sala. Levemente reclinada sobre el piano; fijas las pupilas extintas en el jardín, cuyos discreteos escurriáanse por la puerta abierta, suspiró, dulce, insinuante, una romanza con versos de Stechetti:

*Quando cadran le foglie e tu verrai
a cercar la mia croce in camposanto,
in un cantuccio la ritroverai
e molti fiori seran nati accanto.*

Inmóvil, las blancas manos cruzadas á ratos sobre el pecho, las alburas de los brazos resaltando del azul de las mangas, parecía sentir la melancolía inefable de la frase. Apenas si se observaba un ligero movimiento de sus labios; los versos, musitados, con el comentario doloroso del piano, tenían una transparencia de ensueño. Era primero una ascensión de melodías entrecortadas por los acordes tenuísimos de los bajos, en torno á las cuales surgía, como pensamiento dominante, el de la frase inicial:

Quando cadran le foglie...

Y á aquel baluceo de amor seguía algo á manera ruego, al principio flébil, como el del poeta que pide, aun después de muerto, la pasión de la amada; más tarde susurrante, con la ternura del convencido, del que espera, del que cree.

En la estancia oíase, á intervalos, el crepitar de la lámpara, cuya mecha empezaba á carbonizarse. La calma del ambiente estival era turbada, allá, afuera, por ráfagas que estremecían el follaje. Un jirón de luz argentada apareció de pronto en la puerta. Había salido la luna. El agua del tazón, con su gorgoriteo lejano, dijérase que murmuraba viejas historias, amores sucedidos ahí, en la mansión ruinosa; quejas de enamorados

que, como Nela, esfumándose en la semiobscuridad que invadía ya la pieza, se desvanecían en el claro-oscuro del tiempo.

Villaescusa, en el cual se despertara de súbito el artista, contemplaba á la cantante ciega, pensando en Ofelia, la virgen que deshoja rosas; en Ligeia, la pálida, la impalpable visión de Poe. Natural asociación de ideas, porque en su alma penetraba, medrosa, la tristeza, y sentía en aquel instante una sed, un ansia infinita de amar y de sufrir, como si el amor y el dolor, evocados por la tierna romanza de Nela, se uniesen en un abrazo... Y su mirada deteníase angustiosa en la silueta pequeñita de la muchacha, que entonces, como desfallecida, repetía, por último, el ruego del poeta:

*Coglie tu allor, per tu biondi capelli
i fiori nati del mio cuore; sono quelli,
i canti che pensai ma che non scrissi
la parola d'amor che non ti dissi...*

Soñó... Y continuaba viéndola en la penumbra, idealizada, fundiéndose casi en la sombra, escuchando, al par que la lamentación dolorosa de la romanza, el murmurio del agua y el secreteo de las hojas estremecidas, cuando Jacobina trajo un quinqué y espléndida claridad, irradiando del globo de cristal esmerilado, inundó el cuarto.

* * *

Al llegar al descansillo de la escalera, media hora después, todavía oyeron palabras de despedida de la gente de abajo: «¡Que vuelvan pronto! ¿eh? ¡Que vuelvan pronto!» El andar acompasado del capitán Toro percibíase distinto, allá en la calle. La noche, cálida, odorante, esplendía.

Entraron en el estudio á tiempo que Moni escapaba por la alcoba, y á través de la ventana oíanse rumores de maleza producidos por el andar desalado de alguien. Mauricio tuvo la vislumbre de una sombra que desaparecía, y dijo, pensando en la criada:

—¡Ella también!

La Venus refulgió al claror opalino de la lámpara. Villaescusa fué á sentarse en el diván, cabizbajo y mustio.

—Mauricio—preguntó la musa acercándose y anudando entre sus dedos los rizos rubios del poeta—, ¿estás triste?

Alzó él con lentitud el rostro, atrayéndola.

—¿Y tú?

Nita inclinó la pura frente.

—Yo también... No sé por qué los amantes hemos de atormentarnos siempre cuando nos hablan de amor...